

La Vida y el Poder de la Resurrección

Samuel L. Brengle



Juntamente con la muerte de Cristo, murieron las esperanzas de sus discípulos. Con el último clamor de Jesús, el torturado y el crucificado en la cruz, la fe de sus discípulos sufrió un eclipse total. Hace tres años con gozo rebotante y esperanzas vivas, ellos habían dejado todo para seguirle. Habían escuchado sus palabras incomparables; habían visto sus obras maravillosas; habían sentido su espíritu de infinita compasión y ternura, de justicia y santidad y estaban seguros de que Él era su rey prometido. Esperaban verle de un momento a otro tomar las riendas del gobierno de la nación, manifestar su autoridad y poder, botar a Plato y la detestada guarnición romana, ascender al trono de David, y restaurar el reino de sus padres al resplandor mayor que el de Salomón. Tan seguros eran de todo eso que ellos aun habían disputado entre sí, quienes de ellos había de ser el mayor en el reino.

Jesús les contó claramente que ellos habían malentendido su espíritu y misión; que Él tuvo que ser despreciado, rechazado y muerto, pero se levantaría al tercer día. Ellos no entendían eso y por lo tanto no lo creían. Pedro se atrevió aun a contradecirle a Jesús. Le reconvenía y le dijo que tuviera compasión de sí y que ninguna manera esto le aconteciera. (Mateo 16:22). Jesús tuvo que reprender a Pedro muy duramente. Le dijo: “¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres!”

Más tarde subieron a Jerusalén juntamente con las grandes multitudes que tendían sus mantos y ramas de los árboles en el camino, aclamando: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que vine en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!”

¡Cómo no exultaban sus humildes discípulos en aquella hora! ¡Ahora Él se ascenderá al trono! ¡Ahora será nuestro rey! ¡Ahora compartiremos con Él su gloria y todos nuestros conocidos nos mirarán con admiración y asombro envidioso! Pero ¡he aquí! Las cosas cambiaron. La multitud voluble que le había dado la bienvenida tal real un día siguiente clamaba: “¡Crucifícale!” y en vez de hacerlo rey lo colgaron sobre una cruz. Una corona, sí, le pusieron sobre su cabeza, pero era una corona de espinas. Hubo quienes estaban a su derecha y a su izquierda pero no era Juan y Santiago. Eran malhechores que fueron crucificados juntamente con Él. Él venía en su reino, pero por la puerta estrecha de la muerte y el camino angosto del sepulcro. Él les había hablado de su reino

y de su gloria, pero ¿qué significaba su muerte vergonzosa? ¿Cómo podrían ellos entenderla? La verdad es, que no la entendieron y cuando murió, juntamente con Él sus esperanzas.

En aquel funesto Viernes Santo cuando Cristo murió, las esperanzas de los discípulos confundidos y perplejos, se volvieron cenizas, pero en la mañana de la resurrección estas cenizas brotaron en llamas inapagables porque Jesús había resucitado. Años después, Pedro con gratitud y gozo rebosante, escribió: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos”. (I Pedro 1:3).

La resurrección era la completa y divina atestación y vindicación del hecho que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios. En el bautismo de Jesús por Juan, el Espíritu Santo en forma de paloma, había descendido sobre Él y una voz de los cielos había declarado: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”, (Mateo 3:17); pero más tarde aun el mismo Juan el Bautista comenzó a dudar y le mandó preguntar: “¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?” (Mateo 11:30). Pero la resurrección era la respuesta completa de Dios a la cuestión y quitó de una vez por todas y para siempre, todo motivo de duda. Y como Pablo declaró en Romanos 1:4, el humilde, sufrido y crucificado Jesús “fue declarado Hijo de Dios con poder, por la resurrección de entre los muertos”.

Poco antes de su crucifixión Jesús les contó claramente que Él había salido del Padre y que de nuevo iba al Padre. Con una comprensión vaga y momentánea, y con un estallido de entusiasmo, ellos le habían dicho: “He aquí hablas claramente, y ninguna alegoría dices . . . Ahora entendemos . . . por esto creemos que has salido de Dios”. Pero Jesús les conocía a ellos mejor que ellos mismos. Él sabía que el cimiento del edificio que Él ponía para su fe y esperanza, no estuvo completo. El sufrido lo débil y lo inseguro de su fe y quietamente les contestó: “¿Ahora creáis? He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado y me dejaréis solo; más no estoy solo, porque el Padre está conmigo”. (Juan 16:29-32). Y era la verdad. Le dejaron solo. Le dejaron y huyeron y Él murió solito. El cimiento de su fe no fue completado, ni por su vida, ni por sus milagros, ni por sus palabras, pero se completó por su resurrección de entre los muertos. De ahí adelante ellos creyeron con una fe inquebrantable.

Lo que les hacía falta era el bautismo de Jesús, el bautismo con el Espíritu Santo y fuego, que les purificaría sus corazones y les fortalecería “con poder interior por su Espíritu” (Efesios 3:16-17) a fin de que Cristo viviera en sus corazones por fe. Eso, después de orar fervientemente y esperar pacientemente, ellos recibieron el día de Pentecostés.

Entonces con el conocimiento pleno y con el Espíritu de Cristo en ellos, tenían fe para enfrentarse con los enemigos más terribles y podían “trastornar el mundo entero”. (Hechos 17:6). Llenos de ese espíritu, podían salir y vencer todo el reino del mal y derribar cada trono basado en la injusticia y sostenido por la pompa orgullosa y poder terrestre. Con ellos estaba el omnipotente Espíritu Santo. Toda potestad en el cielo y en la tierra pertenecía a su Maestro, y ellos eran sus ministros, sus embajadores y Él les respaldaba, les acompañaba y su Espíritu les iba adelante. Hablaban y oraban con su autoridad, y todos los grandes recursos de poder, amor, paciencia y longanimidad, estaban a la disposición de su fe. Podían pedir lo que era necesario para el cumplimiento de la tarea super humana que Él les había encomendaba. Él prometió que Él se lo daría.

Ciertamente ellos en sí no eran competentes para la obra pero su competencia provenía de Dios. A ellos les tocaba conocer y participar del poder de su resurrección. El mismo poder que había resucitado a su Maestro de entre los muertos, era el poder que obraba en ellos. ¡Aleluya! ¡Cuán maravilloso era eso! Les inspiraba, les hizo estremecer de emoción. Les quitó todo miedo, y les hizo invencibles al enfrentarse con las grandes burladoras fuerzas del infierno.

Se enfrentaron con sus enemigos sin acobardarse. Se enfrentaban con azotes, piedras y encarcelamientos. Si sufrieron por la causa y nombre de su amado maestro, lo tuvieron “por sumo gozo”. Al ser encarcelados, cantaban Salmos en la noche y el carcelero fue convertido. Se regocijaban en tribulación; se gloriaban en aflicciones y dolores; se reían de la muerte, porque sabían que la naturaleza para ellos ya no tenía aguijón; se exultaban sobre el sepulcro, porque ya el sepulcro había sido despojado de su triunfo y victoria. Salieron con prisa a todo el mundo para contarle la historia maravillosa de la resurrección y en todos los lugares a donde llegaban, el poder celestial les acompañaba. Las supersticiones viejas y los temores atormentadores de la noche de pecado, comenzaron a disiparse.

Gozo, el mismo gozo de Jesús, en ellos fue perfeccionado. Él les había dejado su gozo como parte de su herencia. ¡Bendito sea! Al morir, Jesús era tan pobre que no tuvo ninguna herencia material que dejarles. Pero les heredó su gozo. ¡Que herencia más valiosa! (Juan 15:11). También les dejó su paz: “La paz os dejo, mi paz os doy”, había dicho (Juan 14:27). Era la paz de la resurrección, la paz que les aseguraba la vida eterna, sobre la cual la muerte no tiene poder. Las tempestades rugían en su rededor per la paz suya permanecía sin disturbio alguno y les fluía desde el Padre por medio de la unión de ellos con Jesús, el Resucitado.

Además de esto, la longanimidad en ellos fue perfeccionada. La eternidad misma estaba en sus corazones. No más eran ellos criaturas del tiempo. Podían esperar y aguantar con paciencia a los pobres esclavos de pecado entre los cuales les tocaba vivir, tal como hizo su amado Salvador. ¡Cuán grande la paciencia que Él había tenido con ellos!, y por amor a su nombre y por el Espíritu que en ellos moraba, ellos también llegaron a ser pacientes.

La mansedumbre, bondad y fe del Señor fueron reproducidos en ellos y se manifestaron por medio de sus hechos. Era el Cristo que en ellos vivía.

¿Puede esta vida y poder de la resurrección ser tuyo y mío? Cómo no. Es para todos y es de todos; es para ti y para mí. Es para cada pámpano, sea grande o pequeño, que se encuentra unidad a la Vid verdadera. ¿Crees tú que Él es el Cristo viviente y no simplemente un judío muerto en algún sepulcro en Jerusalén? ¿Con gozo confiesas tú con tu boca? Entonces esta vida y poder de la resurrección es tuyo si tú lo recibes. “Si tú confesares con tu boca que Jesús es el Señor y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de entre los muertos, serás salvo”. (Romanos 10:9).

En aquella salvación que ellos recibieron, se encuentra atesorados los poderes, esperanzas inmortales, y gozo rebosante de su vida resucitada. Tú puedes girar sobre ellos como hombres que tienen dinero, giran sobre su banco en sus tiempos de necesidad. De acuerdo con tu fe, te sea hecho.

Ninguna mente humana o angélica
Jamás soñó que le Hijo de Dios
Sobre la cruel cruz del Calvario, moriría
A fin de salvarnos con su sangre preciosa.
Pero por pecadores Él murió; pero vive ya
Y reina por nosotros en glorioso resplandor.
Su sangre preciosa por nosotros, reclama,
Por nosotros, sus hijos de luz.
"Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios".



Samuel Logan Brengle
(1860-1936)